

Sábado, 14 de enero de 2017
“La Palabra de Dios es viva y eficaz”

Hb 4,12-16

Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas; y escruta los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay para ella criatura invisible: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta. Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos - Jesús, el Hijo de Dios - mantengamos firmes la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna.

„Es viva la Palabra de Dios“ leemos al inicio del pasaje bíblico de hoy. Es viva porque Dios mismo es la vida, y Él está presente en su palabra. Esto es tan cierto que podemos decir que Él mismo es la Palabra. Y así esta palabra, si la recibimos, nos da verdadera vida. A través de la meditación podemos recibirla en lo más profundo de nuestro ser. ¡Una sola Palabra del Señor puede transformar por completo nuestra vida!

En mi propia vida y en el camino con el Señor me llegó muy profundo aquella palabra: „el que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra“ (Jn 8,7)... ¡y hasta hoy sigue actuando en mí! Incluso podría decir que cada vez actúa con mayor intensidad. Con esta palabra y con la gracia de Dios, puedo ser capaz de discernir sin llegar a juzgar. Pues el recuerdo de esta frase y la certeza de que no estoy libre de pecado me priva de arrojar piedras sobre las otras personas.

¡Sí, eficaz es la Palabra! La fuerza de Dios está en ella, y yo puedo ser testigo de esta fuerza en lo que relaté anteriormente. Ella levanta al hombre, le transmite la cercanía de Dios, lo nutre... Por eso es tan importante para nuestra vida espiritual la lectura diaria de la Escritura. La Palabra de Dios forma y transforma nuestro

modo de pensar. Ella se convierte en nuestra orientación y en nuestra norma de vida. Ella siempre trae luz. Pero no solamente ilumina, sino que además por ella nos viene la fuerza para poner en práctica aquello que hemos comprendido. ¡Esto sucede por el actuar del Espíritu Santo!

La palabra de Dios es también „cortante“, pues en ella se discierne: ¿qué es lo que viene de Dios?, ¿qué procede de nosotros mismos?, ¿qué viene del Diablo?, ¿dónde se mezclan de estas procedencias?

Así, la Palabra de Dios actúa como el faro bajo cuya luz podemos discernir las situaciones, manteniéndonos en la verdad y sin mentirnos a nosotros mismos. ¡Nos vemos reflejados en su Palabra! Estando frente a Ella, ¿puedo mantener en pie aquello que hago y que digo?

También la doctrina de la Iglesia depende de la Palabra de Dios y nace a partir de Ella. Por el profundo conocimiento otorgado por el Espíritu Santo la doctrina vinculante de la Iglesia se convierte así en una fuente de la verdad.

No hay nada que esté oculto a los ojos del Señor. Ante Él estamos desnudos. Si esta idea todavía nos provoca miedo, entonces no conocemos todavía suficientemente a nuestro Padre Celestial, o no vivimos en total sinceridad con respecto a nosotros mismos.

Un desnudamiento así podemos soportarlo solamente si nos sabemos amados, si ha desaparecido el miedo de nuestro corazón, si somos conscientes de que podemos acudir a Dios con nuestras profundidades más oscuras.

Dios no nos quiere echar en cara las culpas que hemos acumulado, sino que nos quiere atraer a su amantísimo corazón. Sin embargo, es necesario que nos despojemos de tantas ilusiones y engaños que nos hemos hecho sobre nosotros mismos, pues en la hora de la muerte nos veremos tal como somos realmente.

Cuanto más nos observemos a la luz de la Palabra de Dios y pidamos al Espíritu Santo que nos purifique, tanto más puede el amor de Dios penetrar en nosotros y ayudarnos a conocer cada vez mejor a Dios. Y, a la vez, cuanto más conozcamos a Dios —en cuanto esto sea posible en nuestra vida terrena—y cuanto más crezca en

nosotros su amor, tantas más ansias tendremos de Él y estaremos contentos de despertar de todo „auto-engaño“.

Podemos estar seguros de que Dios permitirá que salgan a la luz nuestras oscuridades solo en la medida en que nos convenga y podamos soportarlo. Él no violenta el alma. Además, cada vez que reconocemos algo más en nosotros, podemos acudir al Trono de la gracia que se ha erigido en la cruz del Señor. Y el alma puede confiar así cada vez más en su amor.

En Jesús tenemos un amigo, un Señor, y un hermano, un „sumo sacerdote“, si empleamos el lenguaje de los judíos de aquella época; tenemos a uno que conoce toda nuestra miseria porque Él mismo la ha asumido. Él, como hijo de Dios y como hijo del hombre, nos conoce desde dentro y puede compadecerse de nuestras flaquezas. Por eso no hace falta que le expliquemos, por así decir, nuestra debilidad, como si Él estuviera tan lejos de nosotros que nuestra fragilidad no le afectara. ¡Todo lo contrario! Jesús se hizo hombre para redimirnos. Esta es la voluntad de Dios y así es su juicio: un juicio de misericordia.

Evidentemente tampoco podemos simplemente pasar por encima de esta misericordia, menospreciando el don de la Redención, o permanecer sordos ante el llamado a la conversión y cerrar el corazón. Pues Dios siempre nos permite acudir a Él, siempre y cuando nosotros lo queramos.

„Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna“.